

¡El estilo Koolosal!



Un amigo, que me ha oído protestar contra el estilo ciclópeo, «Koolosal», de la Alemania prusianizada de hoy, y calificarlo de asiático, me pregunta si no prefiero ese estilo al estilo francés, sin nervio y sin grandeza, y donde la gracia acaba por disolverse en insignificancia. Porque ese amigo me ha oído execrar muchas veces del abuso de la gracia, de una supuesta gracia, así como del abuso de la ironía. Me ha oído, v. gr., repetir que no resisto mucho tiempo a los profesionales de la ironía como Anatolio France.

Pero es que las cosas demasiado buscadas, «volutes», que dicen los franceses, rara vez me satisfacen, sea en el sentido de la medida, sea en el del desmesuramiento. El limitarse y contenerse, lo mismo que el extralimitarse y desbordarse, me son estéticamente repulsivos cuando veo en ello «parti pris», sistemático propósito deliberado, es decir: pedantería. Y tan pedantesca pueden ser la limitación y la contención como la extralimitación y el desbordamiento.

Cien veces he dicho y repetido, y por escrito no pocas, que a un francés que me habló una vez delante de un retablo churrigueresco del énfasis español, hué de atajarle diciéndole: «en los espíritus de naturaleza enfática, el énfasis es, señor mío, natural». Y en cambio para nosotros, los españoles, nada resulta menos natural que aquello que los franceses llaman por antonomasia «natural».

Claro es que no todo lo francés es así, gracioso e irónico ni mucho menos. Hay en la literatura y en el arte franceses ingenios violentos que a mí se me antojan algo ibéricos, y de los más grandes. Hoy mismo, entre los escritores franceses vivos, hay uno, a quien le tienen arrinconado en su patria, no sé si por medio, que es León Bloy, que tiene un ímpetu que no se ajusta al patrón que de lo francés tenemos. Y antes de él aquel Louis Veuillot. En general los escritores franceses de la extrema derecha, más bien integristas o ultramontanos, más parecen españoles que franceses.

Y viniendo al estilo «koolosal» o ciclópeo de la Alemania prusianizada de hoy, digo que no me acaba de convencer estéticamente porque no lo creo sincero. Es una afectación más; es un esfuerzo. Y se ve el esfuerzo. El estilo «koolosal» y el «hochmodern», que tiene tanto de yanqui como de prusiano, son algo violento,

rebuscado, insincero.

Puede satisfacer el estilo ciclópeo... de los ciclópeos, o el colosal... de los colosales. Las enormidades arquitectónicas de la India y del Egipto están bien, muy bien, en la antigua India y en el antiguo Egipto. Y de la misma manera si un alemán de hoy quisiera escribir un Ramayana o un Kalevala modernos, no lograría hacer sino una cosa insoportable.

Ahí están los japoneses, el pueblo de la imitación y del talento de remedo. Imitando a los chinos llegaron a crear un arte hasta cierto punto propio, acaso inferior al chino, pero gracioso y típico. Cuando se dieron a imitar y remedar a Europa vinieron acá a aprender a dibujar y pintar y empezaron a pintar a la europea, pero como no les resultaba, ni pasaban de discípulos aventajados—que es lo que en todo son y en nada verdaderos maestros—se volvieron a imitar y remedar lo antiguo suyo. Y dieron en el autoplagio. A través del cual se ve muy claramente la influencia europea moderna.

Algo de lo que nos está pasando en España.

También aquí hemos dado en el auto-plagio, es decir, en remedar, en arte y literatura, lo que hicieron nuestros antepasados geográficos del siglo XVII, y así nuestro actual casticismo o tradicionalismo artístico y literario no pasa de ser una afectación y un embuste. Remedar a Velázquez o a Zurbarán, a Cervantes o a Fray Luis de León, no es hoy más que un embuste. Y una falta de verdadero patriotismo.

No; el estilo «koolosal» y «hochmodern» no puede satisfacerme. En esos monstruosos monumentos se ve tanto la contracción muscular, el esfuerzo atlético, del profesional de circo que levanta pesas, como en esos otros edificios graciosos se ve la afectación de ligereza y hasta de dejadez. Y ni hay por qué quien está de pie lo esté rigidamente, con las piernas en columnas erectas y estirado el espinazo; ni quien se halle sentado lo esté dejándose caer en la silla.

No soy músico, no entiendo ni una nota de música, carezco de educación musical, y a falta de ella de gusto y de comprensión para la música; pero cuando algún inteligente en esa arte que a la vez lo sea en otras—lo que es muy difícil de hallar—me habla de autores o de obras musicales, hago que me traduzca o trasponga sus reflexiones a términos de otra arte. Y así he llegado a figurarme, y sobre todo a los elogios que de él me han

1105.

—miedo—



hecho, que si yo tuviese educación y gusto musicales no acabaría de convencerme estéticamente Wagner. No sé por qué presiento o adivino que hay en él algo de ciclópeo, de «koolosal», pero no de ciclópeo ni de coloso, sino rebuzado «voulu».

Y eso que Wagner, más que en esa monstruosa y desmesurada mitología germánica y escandinava, la de Odín, se inspiró en leyendas célticas, mucho más humanas, más eternas y universales, más modernas por lo tanto, como son las leyendas de Perceval o Parsifal—primitivamente Peredur—y la estapenda leyenda, siempre caliente, de Tristán e Iseo. Y otras leyendas, ya más germánicas, como la de los Nibelungos, habían pasado por el crisol de los cantares de gesta franceses. Porque lo primitivo germánico, si es que existe, es algo monstruoso. Alemania, la Alemania culta, europea, se hizo en Francia. No me cansaré de repetir que Europa, como categoría ideológica, es, ante todo y sobre todo, Franco-Alemania. Y a la larga, Grecia. Italia misma es otra cosa. Europa, Franco-Alemania es Renacimiento. Y la Edad Media, mi querida Edad Media, culmina en el Dante.

No, no me convence el estilo ciclópeo y «kolosal» más que el estilo gracioso, que el estilo Watteau. Ni en el arte, ni en la literatura, ni en la guerra, ni en la vida. «Ne quid nimis», o sea en romance: ni tanto ni tan calvo. Tanta falta hace la medida contra lo desmedido como contra el exceso de medir. Hay que comedirse para no pasar de comedido.

¿Mi debilidad? Mi debilidad es lo nuestro, lo español, esto es: lo improvisado, lo abocetado, lo ciegamente espontáneo, lo escrito—si de literatura se trata—en mangas de camisa y al correr de la pluma, aquello en que nos proponemos ni contenernos ni desbordarnos, ni comedirnos ni desmedirnos, ni limitarnos ni extralimitarnos, sino que salga ello a la buena de Dios y como El quiera. Y sabido es que salir una cosa como Dios quiere vale tanto en castellano como salir mal. ¿Que ello tiene sus graves inconvenientes? Y quién lo duda!... Pero prefiero nuestro estilo a la buena de Dios, que muchas veces parece no serlo, desaliñado, tal vez rústico, informe, y que si nos fijamos en él degenera en conceptuoso o en gongorino, al estilo ciclópeo y al estilo gracioso.

Miguel de Unamuno.

